

¡Manuel experimentaba tal bienestar, que no pudo menos de recordar los días de sus errores, y confesar que por grande, por excitante y rico que fuese el placer de los sentidos y la carne, jamás podía ser completo, ni exento de turbación, como ese goce tranquilo que inunda el alma cuando por su pureza ó arrepentimiento se hace digna del cielo.....!

«¡Oh! ¡qué abundancia de delicias secretas habéis reservado, Señor, para los que os aman.» *

¿Quién podrá negar que el hombre ha sido creado para el cielo, y que el amor le ha sido dado como una luz que lo guía, como una fuerza que lo atraiga? ¿Quién no siente que cada vez que el hombre se aparta de su destino y su carrera de progreso ascensional, inmediatamente cae en el trastorno, el dolor, el tedio, consecuencias del extravío...?

¡Oh! el Señor es muy bondadoso, pues que así ha sembrado nuestro camino de precipicios que nos adviertan la desarmonía.....!

¡Bendito sea el Eterno, fuente de todo amor, origen de toda vida, centro de todo lo creado.....!

El ciego siguió, tranquilo y grave, hacia su última morada, el cadáver de Rafaelita. Cuando todos los que lo acompañaban se retiraron; cuando el ruido de los pasos se perdió á lo lejos, tomó un ramo de flores; lo deshojó sobre la tierra recién removida, y se arrodilló á orar.

Después se levantó y empezó para él la vida nueva!

Mayo de 1862.

* Psalm. XXX, v. 20.

EXPIACION.

CULPA.

Te, tan formosam non pudet esse levem?

PROPERCIO. *Eleg. XIII.*

I.

MAGDALENA cumplia veintiun años el dia 22 de Julio de 1844, y se celebraba su santo con una comida y un baile campestre bajo los ancianos sabios del bosque de Chapultepec.

Era uno de esos hermosos dias de estío en que el cielo, despues de una noche tempestuosa, se ostenta puro y azul, y la naturaleza recobra frescura y lozanía como una vírgen que sale del baño.

El sol de la mañana no habia secado aún la yerba del bosque y los árboles seculares aparecian verdes y risueños, en medio de las vegetaciones parásitas que penden de sus ramas, verdaderas canas que infunden veneracion y respeto.

El aire estaba fresco y venia perfumado con ese aroma de los campos que se levanta, despues que ha pasado la tempestad, como una oracion al cielo.

Todo convidaba á gozar, todo contribuia á hacer de aquel dia uno de esos que quedan en la memoria como un punto luciente en medio del abismo sombrío donde van á perderse nuestros años; hasta el mismo sol, inclinándose hácia el horizonte, tendia sobre las copas de los árboles como un cortinaje de luz; y solo de vez en cuando, al agitar el viento las ramas, se deslizaba un rayo á iluminar como una aureola la frente de Magdalena, ó á jugar con los rizos de su rubia cabellera.

Hace muchos años que pasó este dia; los sucesos han ido amontonándose; la muerte misma ha venido á mezclarse en este drama sencillo pero profundamente triste, y sin embargo, el recuerdo de aquel dia permanece indeleble; parece que tuvo lugar ayer; han quedado impresas en nuestra imaginacion hasta las mas leves circunstancias.

¡Pobre Magdalena! En el rápido espacio de ocho años, que para muchos séres son apenas una hora de luz del gran dia de la existencia, ¡cuántos sucesos, cuántos pesares, cuántas amarguras se sucedieron para ella!

Fué como una flor que una mano funesta arranca de su tallo, y luego es arrojada al polvo, donde muere sucia, hollada.

Ayer hemos ido á visitar su tumba humilde y solitaria: fué una triste y piadosa peregrinacion que quisimos hacer ántes de comenzar esta historia.

La conocimos pura como un ángel, bella como una mañana de primavera: hoy que su cuerpo duerme entre el

polvo de la tierra marchito y manchado, ¿creeis que su alma haya volado al cielo ménos limpia, ménos pura que en aquellos dias de inocencia? ¿ó habrá atravesado el fango del mundo como atraviesa el cisne un pantano, sin ensuciar su blanco plumaje?

¡No! Magdalena fué débil y faltó; pero ¿no le serian perdonados sus pecados porque amó mucho?

La desgraciada niña lloró amargamente su falta, y las lágrimas lavan todas las manchas.

Pero el pecado es la intencion, y la pobre niña fué obligada primero por el amor, por el hambre luego.

Hay almas á quienes una fatalidad horrible arrastra hácia el vicio.

Y si no hay culpa de intencion en ellas, ¿no os parece que Dios despues de la prueba debe reservarlas en el cielo un lugar entre las mártires?

¡El dolor es un terrible crisol de purificacion!.....

¡Pobre Magdalena! aun nos parece verla meciéndose muellemente al compas voluptuoso de la música; el perfume de sus cabellos halaga nuestros sentidos: han pasado muchos años; pero hay recuerdos que no se borran nunca.

Serian cerca de las cuatro de la tarde; la comida tocaba á su fin y habia llegado la hora en que el espumoso Champagne despertaba la alegría y la confianza en todos los corazones.

La reunion era poco numerosa, apenas habia las personas necesarias. Magdalena y tres ó cuatro amigas suyas, jóvenes, alegres y bulliciosas como ella; la madre, pobre y sencilla anciana, que no vivia, no respiraba, no pensaba

en otra cosa mas que en su hija; cuatro jóvenes vivos y entusiastas y los músicos, hé aquí el personal de la fiesta.

La mesa habia sido tendida al pié de uno de los mas corpulentos sabinos, y como si el aire de los campos hubiera borrado la etiqueta y las ceremonias, todos gozaban con franqueza y expresaban sus sentimientos.

Al oír desde léjos aquel animado concierto de voces juveniles y sonoras, al escuchar la risa de las muchachas, no podia uno ménos de acercarse con esa confianza que inspiran las gentes dichosas; y sin embargo, quien hubiera tenido la triste facultad de leer en los corazones como en un libro, habria quedado silencioso y pensativo en medio del bullicio general.

¿Qué habia en el alma de aquel jóven, el mas simpático de todos, que de tiempo en tiempo su mirada se clavaba fija y ardiente sobre Magdalena, y entónces una nube de melancolía sombreaba su frente?

¿Qué pasaba en la de aquel otro, el de mayor edad entre los que le rodeaban, que á veces sus lábios se plegaban con una sonrisa irónica, fria, casi cruel?

Pero la alegría expansiva y loca de Magdalena no hubiera dejado á nadie consagrarse á este exámen. La reina de la fiesta, infatigable como todas las muchachas de su edad, dió muy pronto la señal del baile.

¿Habeis gozado de uno de estos dias de libertad y de contento? ¿habeis visto cómo se adquieren pronto relaciones, cómo se anudan luego luego amistades, y cómo, personas que en la mañana se trataban con ceremonia, en la tarde han adquirido confianza? Las horas que pasan des-

pues de la comida hasta la caído del sol, son los mas bellos instantes de un día de campo.

Durante la mañana, habia bailado Magdalena; pero las cuadrillas y el wals tenian algo de la etiqueta de un salon. Despues fueron los jóvenes á recorrer el hermoso bosque y á cortar algunas flores; pero aquella excursion, desde luego se conocerá, no tenia otro objeto que matar el tiempo que comenzaba á hacerse largo. Al fin llegó la hora de la comida, y el vino y el Champagne rompieron las barreras de los corazones.

La tarde estaba hermosísima, y cuando la naturaleza ostentaba con tanto lujo todas sus galas, ¿cómo era posible no sentirse poseido, embriagado por una fiebre de gozar?

Oyéronse los primeros compases de un wals, y en un momento se formaron las parejas. El jóven, en cuya frente se dibujaba la sombra misteriosa de la melancolía se acercó á Magdalena, con visible turbacion, y no atreviéndose á hablarla se inclinó ante ella, para solicitar la honra de ser su compañero.

Magdalena lo comprendió, y le dijo:

—Lo tengo dado á D. Juan.

Las mujeres tienen la facultad de decir mucho con solo el acento de su voz.

El jóven se puso pálido de emocion; quiso contestar pero las palabras espiraron entre sus lábios secos.

D. Juan, el hombre de la sonrisa irónica, vino entónces á tomar á Magdalena de la mano, y el jóven fué á sentarse en uno de los bancos de piedra que circundan la glorieta en la cual tenia lugar esta escena.

Magdalena amaba apasionadamente al baile; la música encendía la fiebre en su sangre, y cuando se sentía arrastrada como por un torbellino en el wals, la parecía vivir en otro mundo de delicias desconocidas.

El wals es una especie de vértigo: al principio la música va infiltrándose en vuestros oídos como un suave narcótico; después llega un instante en que os sentís involuntariamente arrastrado cual las hojas secas por el viento; la tierra falta á vuestras plantas; los objetos desaparecen de la vista..... Este es el encanto, el placer supremo.

¿Qué os importan entónces los objetos de acá en la tierra? ¿qué los ojos que siguen todos vuestros movimientos?

Magdalena se apoyó en el brazo de su compañero y se dejó llevar como una pluma mecida por el viento.

Hay algo de voluptuoso en un baile así á la sombra de los árboles: los acentos de la música van á perderse entre los suspiros de la brisa; el perfume de las flores adormece los sentidos, y llega un momento en que para la imaginación excitada de los bailarines las mujeres parecen también flores que vagan por el viento.

La tarde fué concluyendo lentamente; el sol doraba apenas con sus rayos postreros el palacio de Chapultepec, y en el bosque, envuelto ya en las sombras misteriosas del crepúsculo, duraba aún el baile.

Magdalena no daba señales de cansancio; pero el carmin de sus mejillas, el brillo húmedo de sus hermosos ojos azules, y su cabellera un poco descompuesta, revelaban harto claramente su fatiga.

D. Juan, que había sido su compañero constante era

uno de esos hombres aguerridos que sea cual fuere su emoción jamás la demuestran: estaba al lado de nuestra heroína tan tranquilo, tan frío, como si no hubiera bailado en todo el día.

La madre estaba contenta porque veía á su hija feliz; era una de esas pobres viudas, que sin más parientes ni amistades en el mundo, concentran todo su amor, toda su ternura, toda su vida en un objeto, y no gozan sino por él.

El único, pues, que en aquel día había ido poniéndose cada vez más triste, era el jóven á quien Magdalena negó el primer wals de en la tarde. Durante algún tiempo pudo permanecer en su asiento contemplando el baile, pero á poco la música lo fué conmoviendo hasta tal punto, que de pronto se alejó para no llorar delante de los que le rodeaban.

Luis era un muchacho sencillo que acababa de cumplir diez y nueve años; era uno de esos jóvenes generosamente dotados por la naturaleza, en los cuales una figura agradable, simpática y expresiva revelan una inteligencia despejada, una imaginación fogosa, un corazón apasionado y una alma noble y de buenos sentimientos. Pero Luis había conservado la virginidad de su corazón y no sabía ocultar sus sentimientos. Amaba, cualquiera lo habría conocido; amaba con toda su alma á Magdalena y no era dueño de dominar la melancolía que le causaban los desdenes de aquella mujer.

Durante mucho tiempo el jóven vagó por el bosque huyendo de los acentos de la música, que le lastimaban el corazón, porque le traían la imagen de Magdalena en

los brazos de un rival; y sin embargo, cuando el murmurio de los árboles, cuando la distancia le hacia perder los suspiros de la flauta, los acentos del arpa, se acercaba hasta percibir por entre las hojas el traje de la jóven.

¡Cuántas lágrimas corrieron en aquellos momentos de sus ojos! ¡Qué agudos dolores tiene el amor para un corazon sencillo é ignorante!

Aun los que han probado trago á trago toda la hiel de la vida, los que han envejecido en el rudo combate de la existencia, recuerdan con ternura esos dolores juveniles que causa la primera mujer á quien se ama de veras. Tienen tanta voluptuosidad, son tan puras las lágrimas del amor.....

Al fin, llegó el momento de terminar el baile. Era ya casi de noche, y comenzaba á percibirse ese aroma resinoso que se exhala á esas horas en los bosques.

Luis tuvo por un instante deseos de marcharse sin despedirse; pero ¿cómo se iria sin ver á Magdalena?

Reunióse, pues, con el grupo, y entónces, por una de esas veleidades naturales en las mujeres, por uno de esos caprichos que dan á veces origen para pensar mal de su corazon, fué cuando pareció notar á Luis, como si fuera la primera vez que lo viera en el dia. Se separó de D. Juan que la llevaba del brazo y fué á tomar el de Luis, quien comenzó á temblar, y solo pudo contestar con monosílabos á las preguntas que la jóven le hacia.

—Ha estado vd. hoy muy melancólico, Luis; ni un momento le he visto á vd. en toda la tarde; ¿no le gusta á vd. el baile?

Y Magdalena olvidaba que el primer deseo de Luis habia sido bailar con ella.

—Yo estoy muy cansada,—prosiguió la jóven,—mire vd. hasta me he despeinado, ¡y las flores que me prendí se están cayendo.

Magdalena recogió una rosa de castilla medio marchita, que se desprendia de sus cabellos, y la presentó á Luis indiferentemente, como hubiera tendido sus alfileres á una recamarera.

Luis tomó la rosa, y temió desmayarse de felicidad; tan grande fué la cantidad de sangre que refluó hácia su corazon.

En esto se acercó D. Juan; Magdalena se separó de Luis y echó á correr levantándose ligeramente el vestido para no tropezar.

Luis tomó con ambas manos la rosa y la oprimió contra sus lábios.

D. Juan se detuvo para mirar los piés diminutos y preciosos de Magdalena, coquetamente calzados.

Magdalena se perdió riéndose, entre las sombras.

Aquellas tres actitudes, eran el prólogo del drama.